

Palabras del Presidente de la República, José Mujica, en su audición radial correspondiente al 30 de mayo de 2014.

Es un gusto, amigos, saludarlos en este día, y volver a tratar de volcar alguna reflexión. Tendría que decir algo de la grata sensación en la ciudad de Artigas, tan lejos, y por lejos, tal vez, olvidada. Tendría que hablar de un formidable parque eólico que está levantando UTE que va a generar tanta energía, mucho más que la que consume el departamento.

Tendría que hablar de algunas cifras que más bien en el devenir de las semanas iré desgranando con grata sorpresa, cifras que expresan lo que ha pasado en el interior del país, departamento por departamento. Cómo ha ido cambiando el interior en estos años, aunque mucha gente no se da cuenta, país de naturaleza urbana. País que le gusta mucho ir a Buenos Aires a hacer compras, pero país que no recorre nuestras soledades, en fin.

Pero tal vez no es el momento para todo eso, sino de volcar un par de reflexiones que tienen que ver con que mañana hay un proceso electoral: cada una de las fuerzas políticas trata de elegir qué fuerzas y qué personas los van a representar en el próximo evento electoral.

Y todos sabemos que este uso, que no tiene tantos años, es de naturaleza interna de cada fuerza política, pero se quiso que fuera en un día y al unísono, tratando de evitar que la gente concurriera a un partido distinto, a participar en lo que deben solventar los partidarios de ese partido. Por eso es obvio que se ha elegido una fecha conjunta para que al mismo tiempo todas las fuerzas políticas del país, por vía del voto, tomen la decisión de quién los va a representar; y alguien que afine mucho nos podría decir sí, en todo caso votamos, pero no elegimos, los candidatos por los que podemos elegir se eligieron de otra manera, etc. Pueden haber mil mitigaciones.

Sin embargo, el sistema representativo con el cual tratamos de gobernarnos no apareció en el mundo por regalo de los dioses, o por un acierto, o un acuerdo libérrimo de los hombres. Atrás hay un larguísimo proceso y, aún sin remontarnos tanto, el solo hecho de poder votar en nuestro país significó crudas guerras civiles, fundamentalmente el respeto escrupuloso de la decisión de la gente. Y fuimos avanzando lentamente como nación, desde una visión censitaria —porque no todos podían votar— a un lento aumento de la participación ciudadana, después de la incorporación de la mujer que durante mucho tiempo estuvo vedada en cuanto a su participación.

Hubo mucha lucha para separar las policías bravas de los lugares donde se votaba para que el voto fuera claro y no se transformara en una estafa. Mucho sufrió el país,

mucho. Y tal vez porque la democracia no es perfecta, la democracia representativa no puede ser perfecta, porque ninguna construcción humana es perfecta. Pero en su interior filosofía reconoce que puede ser eternamente mejorable y perfectible. Por lo tanto, no está hecha de una vez para siempre, tómala o deja, sino que está hecha para ser aplicada o usada y en ese uso buscar las mejoras que el tiempo, la tecnología y la evolución cultural de la sociedad lo van haciendo posible.

Toda elección naturalmente puede tener sus baches, sus insuficiencias, pero la gran insuficiencia es cuando no la tenemos; cuando nadie nos convoca a las urnas; cuando no es posible manifestar opinión; cuando no es posible decir nuestra pequeña verdad en el juego de otras verdades; cuando sencillamente el silencio es la única respuesta; cuando cualquier manifestación está prohibida; cuando se pierde cualquier aliento de libertad. Y la libertad se necesita en esta vida para discrepar, no para estar de acuerdo. Y la libertad y el régimen representativo permiten en términos relativos la mejor sana convivencia posible si nos acostumbramos a respetar opiniones distintas y si, en ese respeto que no significa estar de acuerdo, sino que significa valorar lo que está en juego, creemos que solamente masivamente tenemos conciencia cuando de un plumazo la capacidad de elegir nos la han borrado.

Claro está, no tienen por qué sentir estas cosas las nuevas generaciones, las que no vivieron el silencio, la oscuridad. Porque los hombres tendemos a darle valor a aquellas cosas que tal vez rutinariamente no valorábamos y entramos a valorarlas el día que las perdimos. Sin embargo, recordemos que el bicho humano es duro de entendederas y mucho más de entendederas históricas.

Dice una afirmación muy popular que “el único animal que tropieza varias veces con la misma piedra es el hombre”. Porque vive siempre preocupado por el porvenir, por el mañana por lo que le falta, y los hombres se dividen en dos gigantescas categorías y dentro de ellas hay mil matices en cada una. Pero esas dos categorías son la desesperación por tener, unos, y la alegría de dar, otros. Estos dos tipos humanos componen el andar de la sociedad y tal vez no son ni mejor ni peor el uno que el otro, porque aquellos desesperados por tener desarrollan mucha fuerza creadora que, dándose cuenta o no, tienden a multiplicar los panes y los bienes que existen en una sociedad. Los otros, los que tienen la alegría de vivir para dar, tal vez, son la gestualidad compensatoria de la humanidad como especie. Si solo viviéramos para tener y si solo existiera la desesperación por tener y no existiera la alegría por dar, tal vez las sociedades serían inconvivibles.

Lo cierto está en que la democracia representativa se mueve en el seno de estas limitaciones. Porque una sociedad no es una cosa, son muchas cosas. No solo existen clases sociales que tienden a dibujar en grueso la conducta relativamente colectiva de grandes grupos humanos. Eso existe, es incuestionable. Pero aun dentro de cada una de las clases están las corporaciones, los segmentos, las especialidades, que van

ubicando a unos de una forma y a otros de otra, y existen en unos y en otros la lucha de intereses y la visión del mundo y de la realidad, de acuerdo a los intereses desde donde se está mirando. Y esas contradicciones permanecen y son eternas y van fluctuando y se mueven y entran en chasquidos y chocan a veces unas con otras. Y convivir significa aprender a andar con todo eso.

Atrás quedaron las monarquías absolutas, con la eficiencia entre comillas de que mandaba alguien o unos pocos y decidían por todos. Atrás quedó en la historia humana que los hombres tienen categoría de sangre con diferencias implementadas desde su nacimiento. Atrás quedó todo eso. El mundo de las repúblicas contemporáneas vino por lo menos para la afirmación teórica de que los hombres somos iguales y nadie es más que nadie. Y este es el sentido más hondo de lo que es republicano.

Pero a veces, la vida en su devenir, los intereses, las capacidades, las fortunas crean escalones y diferencias. Y naturalmente arrecian los inconformismos y todos estamos expuestos a que el pasado quede atrás y el rezongo de nuestras luchas presentes nos haga olvidar las cosas fundamentales, porque transformamos lo presente, la desesperación de lo presente, en el hecho fundamental de nuestra existencia. Todo eso está ahí. Sin embargo, somos de los que consideran que el hombre es un animal gregario. Siguiendo al viejo pensador de la antigüedad diríamos, un animal político, político porque no puede vivir en soledad. No es un felino, que hace sociedad apenas para aparearse, no, el hombre necesita los grupos sociales para vivir, para enfrentar la existencia. Después de la muerte, tal vez, nada peor que la soledad. Los hombres precisamos de los otros hombres para estar de acuerdo, para llorar, para reír, para discrepar, para luchar por la vida. Convivir es siempre hablar de la sociedad. Entonces, la política es, por esencia, la convivencia de la polis, de las relaciones humanas, de cómo se dan y se administran, hasta dónde se puede, el conjunto de tejidos entrecruzados que componen las relaciones humanas de una sociedad.

Si quedó atrás la época de la monarquía y de la sangre azul, lo mínimo que merece una república es la preocupación de dar un voto, sabiendo que la capacidad de incidir es relativa, pero no debemos prescindir de ese hecho fundamental que va a determinar qué es mayoría y qué es minoría en el fondo. Y adoptamos el criterio más justo que hemos podido inventar hasta ahora, se gobierna en nombre de la mayoría, se encauza en nombre de la mayoría. ¿Es una garantía de no cometer errores? No. La sabiduría es esquivada. ¿La decisión es perfecta? No. Seguramente que los pueblos en sus decisiones colectivas también a veces se equivocan. Se equivocan por miles de cosas que juegan, pero sí es cierto que algunas veces se equivocan, y a Hitler lo eligieron las mayorías y a Mussolini también en su debido tiempo. No menos cierto es que en todo caso esa mayoría es la que paga el mayor costo siempre. Y en segundo término no tenemos una fórmula más perfecta de poder elegir.

Lentamente las sociedades se van transformando. Más conocimiento, más cultura, medios superiores de comunicación y, tal vez, en el horizonte el futuro irá dibujando nuevas formas de ejercer el derecho a decidir. Hay sociedades más pequeñas, antiguas, una colectividad de Aymaras, por ejemplo, en la falda de los Andes, que se reúnen en asamblea una vez al año y eligen su gobernante. Y al otro año hacen un balance y vuelven a elegir y así sucesivamente. Son pequeñas sociedades donde todo el mundo se conoce y entonces la decisión y la participación es directa.

Las sociedades de masa contemporáneas han tenido que optar por el camino de la representación y en derredor de ellos se crea la idea de partido. Que no es perfecta, que no puede ser perfecta, porque no existe lo perfecto, lo inmaculado, en ninguna construcción humana. Pero los partidos cumplen el gigantesco papel de crear voluntades colectivas, donde mucha gente de alguna manera arracima su pensar, su sentir, para expresarse colectivamente a través de esa herramienta. No dejará la humanidad que compone esos partidos de pertenecer a la humanidad general y tendrá, como tal, virtudes y defectos propios de nuestra sociedad. Y el día que nuestra sociedad sea mejor, mejores serán los partidos.

Pero el creer que por los defectos que puedan tener esas herramientas son prescindibles o hay que darles vuelta la espalda significa la gigantesca aventura de dejar el porvenir prácticamente regalado y, en todo caso, en la suerte de algún golpista. El esfuerzo concentrado de los hipercríticos. Siempre el puritanismo, cuando se extrema, suele desembocar en un tono autoritario; siempre se pueden hacer las críticas. Qué fácil es menudear las críticas en cualquier esfuerzo vivo de construcción humana. Pero tengamos en cuenta que esto es, en todo caso, disputa entre ciudadanos de una nación. En el fondo puede haber adversarios, pero en el fondo histórico no hay enemigos. En definitiva el destino de nuestro acontecer va con estas decisiones.

Por eso. Este voto no será obligatorio, y en todo caso será obligatorio para quienes más sienten el fuerte aleteo de su definición partidaria, de su afán de participar en una decisión de carácter colectivo. Habrá muchos que no vayan, dentro de los que no vayan estarán los desencantados de la política, porque como la política no me da nada, no me soluciona nada, no creo en la política, lo que es una hermosa forma de posición política. ¿Por qué? Porque si tú no participas en la decisión, la decisión, igual, a tus espaldas se va a tomar. Y se tomará sin tu responsabilidad y sin tu participación. Habrás dejado un hueco. Puedes participar incluso hasta por la negativa, pero participar. Creo, en definitiva, más allá de este evento de este fin de semana en el que abiertamente hay que convocar a los ciudadanos de las distintas colectividades a que hagan lo posible por participar, cualquiera sea su matiz, su decisión.

Porque entre otras cosas, nos honra como República el que cultivemos instituciones como esta, la de participar y la de votar.

Está de más decir que somos partidarios del voto obligatorio en las otras instancias como tiene dispuesto. Por lo siguiente: cuando se vive en una sociedad, lo mínimo que nos pueda exigir esa sociedad es, cada tantos años, poner un voto, lo mínimo. Y no solo es por participar en una decisión de toda la ciudadanía, es por simbolizar un sentido de responsabilidad para con la nación, que estaba antes de nosotros y que va a seguir luego de nosotros.

En términos relativos solo la nación, el pueblo, es relativamente permanente y eterno, porque enfrenta a la muerte generando vida. Y la vida son los que nos siguen, los que vienen en la escalera. Nuestra preocupación política es por la sociedad que tendrán ellos, que anhelamos y luchamos, que sea mejor que la nuestra. Porque a pesar de todos los pesares y cuando uno históricamente ha envejecido y ha visto venir al suelo mil castillos de ilusiones y ha levantado banderas, que a veces han podido caer, y ha habido que volver a levantar y levantar. Si mil veces hemos tropezado, si el tiempo que nos toca vivir tiene sus mezquindades por todas partes, solamente recordemos una cosa. En 1870, hace unos años más que un siglo, la humanidad en términos promedio vivía 40 años de vida menos. Es decir, hubo muchos dolores, pero, también, el progreso humano con todos sus avatares; y lo bueno siempre viene acompañado de algo malo. Y no existe lo bueno absolutamente bueno, porque así son las transformaciones. Y recordemos que no hay ni blanco ni negro, hay tonos entre lo blanco y lo negro. Solamente cuando uno es chiquilín, cuando es gurí, tiene el dogmatismo de creer que hay dos colores nomás. La vida humana es muchísimo más compleja de lo que nuestras ilusiones puedan parecer. Pero, con todo eso, que en un siglo y poco la humanidad haya logrado 40 años más de vida de promedio, significa millones y millones de años de milagro de la vida para cada uno de los individuos.

Y hay que darle valor a estas cosas. Por eso, si bien nunca hay un triunfo eterno, nunca tocamos el cielo con las manos, vamos andando y andando. Hagamos nuestra parte, no rehuyamos la responsabilidad de poner nuestra parte en el esfuerzo, que otros vendrán y seguirán a partir de lo que hemos hecho.